

R. 115.627

(4)

BIBLIOTECA
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

COSAS DEL OTRO JUEVES

CONTADAS EN ESTE

POR

RODOLFO CARLES



— e e e —

MURCIA—1892
IMP. DE "EL DIARIO,"
SOCIEDAD, 10.

C. b.
1073697
Tot. 54138

DMU
7676
(4)

SABOR DE IDILIO

Pepucha, á la que por cariño y para dar á entender lo buenaza y candorosa que es, así la llama Antón, su marido, es una muchacha de la huerta que representa una parte muy principal de la dicha de un hogar, soñada y anhelada por los que, teniéndolo todo, todo les falta, sin embargo, si no gozan de felicidad tan cierta y positiva.

Claro que habrá muchas como Pepa! Y aunque su cara serena manifiesta la satisfacción de vivir feliz, bien porque no es cosa de ir analizando semblantes, ó porque solemos juzgar á los demás por el estado de nuestro espíritu, es el caso que mil gentes pasan por su lado sin sospechar que una pobre lavandera —tampoco lavandera, porque ella dice que solo «hace la ropa» de unas cuanticas casas—es nada menos que algo de un tesoro de tanto valor.

Vive ahí, á una perdigonada de las últimas casas de la ciudad, por el lado Norte: sí, con su Antón, con el que emparentó cristianamente hace unos seis años: para que sea mejor los cobija una barraca, que por toda salvaguardia tiene el mejor de los pararrayos, dos toscos palitroques en cruz. Dios les ha dado dos hi-

jos, varón y hembra, y les conserva á la madre de Antón, que no ha llegado á ser suegra nunca; una viejecilla retijante, sin achaques, que cuando creyó quedar sola en el mundo con su hijo, vió ensanchados los dominios de su maternidad con Pepucha y los nietos.

Qué palacios ni qué hoteles tienen que hacer con la barraca de Antón! Es tan relativa la riqueza. la comodidad! Hay tantos modos de entender en lo que consiste! Hay tanto de espejismo en creer que la resultante de todo eso es el *summum* de la felicidad! Porque á la tibia y perfumada atmósfera artificial del salón ó del gabinete puede oponer nuestro Antón el vivificante hálito del ambiente de la huerta; al mueble raro, caprichoso ó muelle, donde hacen etapa la molicie y el *confort*, el incómodo tal vez, pero higiénico de su humilde vivienda; al plato ó al cacharro que la industria hace pasar por ejemplar rebuscado y peregrino, inestimable para el *amateur*, el original á las veces artístico del que aquellas suelen ser miserable copia servil.

Una *ocena*, como ellos dicen, de ordinarias sillas, dos arcas, una mesa grande y otra chica, tres tinajas, un botijón, una zafa en un aro de hierro empotrado en la pared; en esta y como coronando las tinajas, el indispensable vasar de dos lejas, con no pocos platos, fuentes y demás vidriado simétricamente puesto: entre este, dentro de la zafa ó entre las tinajas, albahaca, jazmines, dalias ó rosas, segun el tiempo, amen de otras menudencias constituyen el mobiliario y los menesteres de lo que es á la vez sala, recibidor, gabinete y comedor, cuando este no se traslada á la

puerta principal de la barraca: barniz de estos muebles, una limpieza incomparable. Detrás de aquella pieza, á tan varios usos destinada, la alcoba; después una breve cocina, y bajo un cobertizo adosado á la espalda de la barraca, un pesebre, en donde paca un burro en la flor de su vida.

El burro desempeña un papel muy interesante en aquella vivienda: es el gran auxiliar de Antón, que lo carga unas veces de habas, otras de dátiles ó de otras cosas, y se entra á vender la mercancía por los calles de la ciudad, porque Antón no es propietario, ni jornalero, ni aun arrendatario: las seis tahullas que rodean la barraca, viene su familia llevándolas desde sus bisabuelos, y continúan ahora arrendadas en cabeza de su madre: él las trabaja, ¡es claro! él las cultiva; y aún tiene tiempo de dedicarse á vender frutas y hortalizas cuando no propias, ajenas, buscándosela y trabajando siempre, teniendo en cuenta este su axioma: «el hombre no debe estar nunca *parao*.»

Y así, todos ocupados, la madre ayudando en los quehaceres de la casa á Pepa, esta lavando y Antón haciendo lo que sabemos, transcurren felices los días, descansando solamente los domingos. Uno de estos, en el verano—porque yo conozco á Antón y á todos los suyos hace mucho tiempo—me encontré á este y á Pepucha en misa muy temprano y me fuí con ellos apenas echada la bendición, para comer higos frescos.

Charloteando y cigarro vá y cigarro viene, se hizo la media mañana en la puerta de la vivienda: el sol andaba alto, un sol canicu-

lar, y tanto me rogaron, «que por qué había de tomar calor», «que me quedara á comer», «que allí hacía sombra...», que me quedé. Y era verdad: el emparrado sobre la puerta; por encima de aquel, y formando umbrosa bóveda, las hojas de una ámplia higuera; colgando de una alcayata de madera, pendiente por una sogá de una rama de aquella una jarra de largo cuello, de cuya panza manaba siempre una gota de agua: por el un lado de la barraca un brazal, en donde la hacendosa abuela fregoteaba no sé qué cachivaches: por el mismo lado y por el contrario frondosos dompedros encarnados y amarillos: á poca distancia, delante de la vivienda, un horno para cocer el pan, no lejos de este un hoyo cuadrado, donde rebullian conejos de todos tamaños y que se veían por encima de empalizada de espesas cañas; jugueteando con un perro de casta indefinible el hijo de Antón, un zagal regordete con pelo de estopa, de tan rubio y castigado por los rayos del sol; en la puerta de la barraca la chiquilla, morenica, casi delgada, de buenos ojos, en derechura de unas gallinas que picoteaban en su derredor, y de un gato negro—señal de suerte, que dice la superstición—que se lavaba la cara, con sus manecillas sonrosadas; dentro, de acá para allá, y cantuseando, la buena de Pepucha..., todo esto tenía para mí un encanto singular, una poesía inefable, un algo que tal vez sea para muchos prosa vulgarísima, y que me predisponía á aceptar el convite de mis amigos.

A indicación mía se dispuso la mesa en la puerta de la barraca y próximo á las doce,

para que nos alcanzara á esta hora la bendición del Padre de los fieles, ya estábamos comiendo un sabroso arroz y pollo. Pero una cosa llamó mi atención: á los muchachos les sirvió su madre, poniéndoles un plato á cada uno en el poyo de la puerta á donde alcanzan de pié.—Pero y eso, Pepa; por qué no comen aquí en la mesa? Si hay sitio! Es porque estoy yo?—No, señorito, se adelantó Antón á responder: es costumbre de la huerta.—Pero, hombre, qué costumbre es esa? Tú sabes si hay en el mundo algo más hermoso que un hijo?—Sí, señor; *tié osté* razón; mis hijos son mi gloria; pero aquí tenemos *aprendío* que la mesa *ande* comemos es el altar, y *tanimientras* que no van á la iglesia y reciben delante de aquel altar el Cuerpo del Señor, no se sientan á esta mesa á comer en *compaña* de sus padres.

—Ah! sois unos sabics, Antón.

Siguió, pués, el arroz llenando nuestras finas cucharas de madera; y antes de levantar al cabo del rato el limpio mantel, tres padre-nuestros, un *creo*, una *salve* á la Virgen del Cármen y otra á la de la Fuensanta, pusieron el sello á aquella sosegada, y, para mí, magnífica comida.

INOCENCIA CULPABLE

I

Allí, en el café del Topacio, en la tercera mesa de la izquierda, pasada la segunda columna, se reunía invariablemente, después de comer, Pepe Filigrana, á tomar *su* taza con *sus* gotas, y á arreglar el mundo con otros buenos amigos.

En la mesa de Pepe se hablaba, por consiguiente, de si habria al cabo guerra europea, de nuestro porvenir en Marruecos, del proteccionismo, de la subida de la carne, del teatro, de la crisis, del servicio de correos... Y hago hincapié en este último punto y en él me quedo, porque han de saber los que me lean que Pepe Filigrana era cartero; y por lo mismo que lo era y al mismo tiempo bueno, honrado y relativamente instruido, sucedía que él más que nadie lamentara el continuo extravío de documentos contenidos en la correspondencia, así como la pérdida de cartas, valores y paquetes de periódicos, llegándole, por tanto, muy á lo vivo, las razonadas y justas quejas que la prensa dirige á quien puede y debe remediar tales abusos.

—Sí, señor; es una vergüenza lo que pasa;

si yo fuera director del ramo...! exclamaba Pepe.

—Qué haría Vd.? Le decían los contertulios.

—Nada, una friolera! Digo á Vdes que hacia un escarmiento; que les costaba caro; pero muy caro!

«Vamos, señores; es una cosa que no me cabe en la cabeza; comprendo que cualquiera, si es que le tira la inclinación, robe; pero debe robar con todas sus consecuencias, exponiéndose á las justas iras del robado. Porque es cierto que la vida social ha tomado otros aspectos y la maldad ha de buscar su funcionamiento, como ahora se dice, dentro de aquellos; más tambien lo es que en el fondo las cosas son las mismas y deben expresarse de igual modo. Así, pues, si robar es apoderarse de lo ageno contra la voluntad del que lo posee ¿qué razon hay para que no se diga que roba el desdichado funcionario de correos que se apodera de libranzas, letras ó valores declarados? Por qué se dice que *sustrae*? No sería más propio decir que *multiplica*, si es que roba de ese modo con frecuencia? Y es que nuestros tiempos son así, contemporizadores: asusta ó duele que las cosas sean llamadas por sus nombres propios; transije con el desnudo, si este presume de artístico, tomándolo, por supuesto, por todo lo alto, que del extremo de lo pornográfico no hay que hablar: no se sabe si por hipocresía ó por resto de pudor ó por engañar la conciencia, lo más horripilante y atrevido se tolera y soporta con tal de que aparezca velado ó bien presentado, como tambien ahora se dice. De aquí

que para esos robos á mansalva y en poblado se haya inventado la palabra *sustracción*, haciendo la aplicación, es cierto, al acto material de sacar de la plica lo que interesa al ladrón, como para otros robos de índole semejante se ha encontrado la palabra genérica *irregularidad*, y está resuelto el problema.»

Con perorata por el estilo se despachaba Filigrana cuando se ponía la cuestión sobre el tapete, mejor dicho, sobre la blanca tercera mesa del café consabido, y esto era ocasionado casi siempre por ese eterno suelto del periódico denunciando las indicadas sustracciones; y claro está que los contertulios le habían de dar la razón, si bien no se ahondaba mucho en el asunto por lo mismo que todos eran de un parecer y no había controversia posible como la hay, por regla general, en todas las cuestiones que se ventilan en las tertulias de café por las diferencias en ideas políticas, en gustos, en instrucción, etc.: si acaso se discutía era acerca de los medios necesarios para acabar con tamaño abuso.

Nuestro cartero desempeñaba su empleo como si se tratara de una profesión: aun más, algo así como si fuera un sacerdocio. Siendo una excepción de carteros padecía esa preocupación muy extendida por cierto, de los que creen que su profesión, oficio, arte ú ocupación está por encima de todas las demás: bajo esta errónea creencia hay hombre que toca el violón y cree con toda su alma que la humanidad estaría perdida si no hubiese quien tocara ese instrumento.

El cernícalo que salió de su casa para ir al ejército, en donde le cepillaron y soltó la cor-

teza y vé el mundo de otro modo que antes de salir del lugar, opina por el servicio obligatorio y entiende que en donde hay un *militar* todo el mundo boca abajo.

Y no es lo malo que discurren así aquellos á quienes no se les puede pedir primores de discurso, sino que hay gentes hasta presumidas de ilustración que se explican del mismo modo. Así uno, por ejemplo, dice: «sin el médico, qué sería de la humanidad?» Los maestros de escuela exclaman: «nosotros que damos el pan espiritual de la enseñanza á la niñez!» El artista: «y yo que avivo el fuego sagrado del ideal de lo bello para acercar el hombre á la Suprema Belleza!» Y el otro que...; y yo recuerdo haber visto, como todo el mundo la ha visto, una lámina por esos escaparates, de la que aparece que el primer sostén de todos los elementos sociales, el primer eslabón de la cadena, es el labrador, el pobre labrador, verdadero puntal de la humanidad, sin el cual no podría vivir nadie.

En fin, y volviendo á nuestra historia, que Filigrana habia tomado tan por lo sério lo de la carteria que se conceptuaba así como depositario y como vehículo inteligente de grandes y trascendentales secretos y tenia, más que la obligación, el gusto refinado del oficio.

II.

Matilde Matacán era una muchacha que estaba al cumplir los veinte: sana ella, por dentro y por fuera; quiero decir, que era buena moralmente y que estaba buena de salud. No se puede afirmar en redondo que fuese

morena... morena, ni tampoco rubia... del todo: lo que sí tenía era mucha gracia, muchos ojos dentro de las dos órbitas, mucho pelo, poca boca, pocas manos, poco pié y una conversación ni poca ni mucha, pero que sonaba siempre á música.

Vivía Matilde con su madre, una tía y cuatro hermanos menores que ella, en la calle de... número... no hace al caso; pero sí lo hace consignar que el mismísimo Pepe Filigrana se había enamorado de la muchacha; iba á decir que estaba perdido por ella, pero esto no es exacto, porque se le encontraba siempre á las horas de rúbrica, en Correos, asistiendo con puntualidad inglesa, cronométrica, y viéndosele en la mesa *de batalla*, ó donde se hacía la distribución de la correspondencia entre los carteros para su reparto á domicilio, que puede que sea la misma mesa, y que yo no lo sé.

Pepe había buscado medio de ponerse al habla con Matilde y le había declarado su amor, largándole todas las de la ley, á las primeras entrevistas, puesto que un cartero, y más de las ideas de Filigrana, no puede perder el tiempo en dibujos de pretendiente.

Más la chica no se apresuró á darle satisfactoria contestación: con sus dulces palabras no le decía que sí, aunque tampoco le desahuciaba; y así transcurrieron unas cuantas semanas mientras crecía el amor en el pecho de Pepe y se sumergía en un río—no siempre ha de ser mar—de conjeturas.

Porque es lo que él decía: «pues, señor; ella vive en mi distrito; debajo de su entresuelo está el comercio de D. Fulano, en el princi-

pal la casa de banca de los Sres. Tales y Compañía; paso por la puerta del entresuelo y entro en el piso de encima cien veces al dia; muchas la veo al pasar, por la noche la suelo encontrar en el teatro de... en las funciones por entregas; hablo en todas las ocasiones con ella, está amable y cariñosa conmigo, me dice que no tiene compromiso con nadie, y con efecto, no he visto que ningun jóven la acompañe, ni le haga señas, las cartas las recibiría por mi mano, y solo le he traído desde que la conozco una esquela de defunción; pero al propio tiempo no admite mis relaciones....; vamos, que no lo entiendo »

Así monologaba nuestro Filigrana sin formular lo que realmente le dictaba su amor propio. Cómo? él á cuya sola presencia se abrian todas las puertas, encontrar cerradas las del corazón de Matilde? Esto sí que se le resistía á Pepe Filigrana.

Y no hay que extrañarse de que pasara de modo semejante, pues aunque de primera intención cualquiera se imagina al cartero con cartas y con periódicos y de prisa, pero nunca casado y con hijos, no hay duda que reflexionando un poco tambien cualquiera cae en la cuenta y se convence de que no existe razón que impida al cartero tener mujer y familia. Digo, así me parece.

A pesar de lo dicho anteriormente sobre el convencimiento de Filigrana de no haber tercero en discordia, llegó el hombre á sentir el aguijón de los celos; pero de qué? De quién? —De nada, ni de nadie; de un fantasma. A fuerza de ruegos é instancias había logrado que Matilde le dijera: «ya le contestaré á

usted oportunamente; espero una cosa».

III

Es particular!» Que espera una cosa!» Qué esperará?

La frase en cuestión, á fuerza de repetirla, resultaba fijada en la memoria de Pepe mejor que incrustada en mármoles y bronces.

Cierto que ella no tiene amores, al presente, con nadie; no es porque ella me lo haya dicho, es porque lo sé; si, señor, que no le habla á alma viviente; si lo sabré yó! decía para sus adentros Filigrana. Pero eso no quiere decir que no los haya tenido y aún que no haya rematado á la fiera, es decir, que no haya concluido por completo con el novio. Y cosa así tiene que ser; á la fuerza!

A que tomaran cuerpo de verdad en la imaginación de Filigrana tales suposiciones, vinieron los acontecimientos que á continuación se detallan.

Se distribuía una mañana, como todas, entre los carteros, la correspondencia de las líneas de Valencia y Andalucía...—«Matilde Matacan y Birlángano», dijo el cartero mayor, —y fué á caer un pliego á las manos de Pepe Filigrana que lo examinó con presteza por espacio de unos segundos y miró á su alrededor por si se fijaban en él y adivinaban en su cara y actitud, que aquello hacía relación con la mujer de sus pensamientos.

Por fin tuvo término aquella operación y antes de salir á la calle hizo Filigrana una de tantas paradas que suelen hacer los carteros para arreglarse trabajosamente entre los de-

dos, en la cartera y en el brazo izquierdo la balumba de cartas, pliegos, rollos de papel y periódicos con que desde la Administración se echan á la calle; pero realmente en aquella ocasión fué para mirar más despacio el pliego dirigido á Matilde: en este segundo exámen rápido tambien, y después del cual y de dirigir una mirada recelosa á los que entraban y salían, se confirmó en que eran por lo menos dos retratos en tarjeta americana, los que contenía el sobre, tanto porque este así lo rezaba, puesto que en uno de sus ángulos decía «fotografías», cuanto que el tamaño del sobre correspondía á los retratos de la indicada marca: acto seguido pasó el pliego á uno de los departamentos de la cartera, no sin haber observado que el sobre estaba á punto de abrirse, cosa que le puso un poco pensativo.

Al desembocar en la calle de..., vió en el balcón del entresuelo consabido á Matilde; sí, justamente,—observó para sí Pepe,—pues esto es que ella espera los retratos: voy á enseñárselos desde aquí; pero no, estaria bueno que yo mismo...; y que eso es ridículo: no, de ningun modo, que se fastidie ella, y sobre todo él, porque no hay duda, las fotografías son de él, de mi rival, y eso es lo que ella espera... Más por qué lo ha de esperar? Es la primera vez que sale al balcón ó que está en él cuando yo desemboco por la esquina de esta calle?—No, señor!—Pues entonces, qué majaderías se me ocurren en vez de pensar rectamente?—Será posible que yo tenga celos..? Pero celos, de quién...? Y con qué razón? Y yo que he tenido siempre la cabeza tan bien plantada sobre los hombros he de verla vaci-

lar ahora, ofuscado por tan encontrados pensamientos?

Así discurría el bueno de Pepe al propio tiempo que repartía, hasta que al llegar bajo el balcon de Matilde la saludó con una sonrisa expresiva y para preverirla y que saliese á la puerta del cuarto echó mano á la cartera, sacó el pliego y.... al mostrarlo resultó que Matilde se había entrado del balcón, quedándose Pepe indeciso un momento, concluyendo por volver á guardarlo. Entró en una tienda del bajo de la casa de Matilde, subió al principal en donde estaba el establecimiento de banca y al pasar por la puerta del entresuelo se dijo para su colete: «ahora, al bajar, ella saldrá y le entregaré los malditos retratos, y si no sale lo mismo dá, tiraré de la campanilla.» Con efecto al bajar cogió el llamador y..... vaciló—Por qué dirán ustedes? —Porque al sacar de nuevo el pliego, volvió á fijarse en que, con el más ligero esfuerzo, se abría aquel, y se le ocurrió pensar si Matilde podría sospechar de él.—Cómo es posible! Lo que yo haré será cerrar mejor este sobre y al mismo tiempo veré si por la letra...; y echando escalera abajo exclamó: «en el próximo reparto se la daré.» Más aún no había descendido cuatro escalones cuando salió Matilde á la puerta del entresuelo.—Quería Vd. algo, Filigrana? — Dijo la chica.

—No, Matildita, contestó un poco turbado Pepe: es que...

—Como le habia á Vd. oido llegar á la puerta!

¡Claro—decia Pepe—espera las fotogra.

fías...; pues me alegro reservarlas para luego).

—Para preguntarle á Vd si ocurría alguna novedad, porque no he visto á Vds. en dos noches seguidas.

—Mamá que ha tenido la jaqueca.

—Pero está mejor?

—Sí.

—Que siga bien, eh?

—Gracias!

—Adiós! hasta después.

—Hasta luego, adios!

IV.

Concluyó Pepe con precipitación su reparato: sin saber por qué estaba preocupado, es decir, sí sabía por qué, como nosotros lo sabemos; amaba á Matilde Matacán y no encontraba razón abonada que le explicara la no correspondencia de la chica. Parecíale que llevaba en su cartera, no un pliego cerrado sino una brasa de lumbre cuando acariciaba el sobre para cerciorarse una vez más de que no se le había perdido.

Con tales pensamientos llegó á su casa, y lo mismo fué poner el pié en el portal que quiso asegurarse de que el sobre era el mismo que en correos recibiera y que manoseaba de cuando en cuando; y efectivamente no había habido suplantación ni escamoteo alguno: ascendió al tercero en que él vivía, y aún pasó revista al asendereado pliego mientras no abrian la puerta del cuarto: una vez en su habitación arrojó la cartera sobre su cama y él se sentó casi jadeante á descansar en una silla y á limpiarse la frente inundada de sudor.

Tranquilo un poco el enamorado cartero sacó con cierto misterioso afán y no sin el reproche de su conciencia el consabido pliego, toda vez que lo había detenido en su poder en contra de sus honradas creencias carteriles y en contra de todo lo que tenía pensado y dicho sobre este particular tan del dominio de la generalidad de los particulares.

Allí, en sus manos, estaba el cuerpo del delito: daba vueltas y más vueltas á aquel sobre. pero qué sacaba en claro?—Nada, absolutamente nada: un sobre escrito en los términos que sabemos, con caracteres algo garrapatosos, y sin otra cosa de particular que la de ser tan escasa la goma que abrirlo era un tris, circunstancia que le había resuelto á guardarlo para cerrarlo mejor y evitar una sospecha, de que su susceptibilidad exquisita se dolía de antemano. Pero en lo que no se había fijado hasta aquel momento, era en un pequeño agujero por donde se podía ver, á través de un papel de seda que envolvía las fotografías, algunas letras de la dedicatoria, si es que la llevaban.

Unos cuantos minutos transcurrieron en que Pepe aproximándose al balcón ponía al trasluz el pliego, y claro! seguía viendo obscuro aquello: en lo que no abrigaba duda alguna era en que aquel sobre encerraba dos retratos y de hombre: en qué se fundaba para hacerse *in mente* tan rotunda afirmación? Pues en la frase de Matilde «ya le contestaré á Vd. oportunamente; espero una cosa»—Qué otra cosa podía esperar sino aquellas malhadadas fotografías? Y no había más, la una era un retrato de busto y la otra de cuerpo entero.

Efectivamente así lo aconsejaba la lógica del amor propio del cartero, que no quería equivocarse, con una buena dosis de celos.

Pero oigamos ahora lo que entre dientes habla el propio cosechero, es decir, el mismísimo Pepe Filigrana.

—Qué idea tan estúpida esta...! y tan criminal, hombre, tan criminal...! Cá! si á mí no se me puede ocurrir tal disparate..! Hombre, y por qué no?... Porque sería yo un cartero de tres al cuarto... Pues no veo la razón... Pues está á la vista: conque es decir, que yo, que cada lunes y cada martes estoy poniendo el paño del púlpito en la mesa del café para tronar contra las *sustracciones* voy á cometer una? —Quién ha dicho eso?... Pues yo lo digo: además tengo muy grabado en mi memoria el principio de que «el secreto de la correspondencia es inviolable...» Sí, señor; y está muy en su punto, pero este pliego no es correspondencia... Pues qué es...? Fotografías.. Es verdad, no había caído: de suerte que con solo humedecer un poco la punta del sobre..., él solito se abre, y satisfecha la curiosidad.. Aparta, Pepe, eso no lo harás tú nunca! Tu reputación, tus ideas, tus predicaciones, todo entonces sería un mito ..: nada, en el reparto inmediato se la entrego á su dueña y gracias que yo mismo me perdone esta criminal tentativa.—(Páusa y le dá vueltas despacio al pliego). —Pero si no hay necesidad: hé aquí el agujerillo: veamos de levantar con cuidado el papel de seda...; ya cede..., á ver?... Aquí hay una *m...* y á seguida una *i...*, *mi*; esto es cosa de música...; otro poco..., una *a*, cómo!! *Mía*? Aquí dice *mia*? Es decir, suya...! de él!

de ese incógnito! Rectifiquemos; incógnito para mí, para Matilde, no. Pero no...; no dirá eso (se restrega los ojos). Vaya si lo dice! Y escrito con sangre; sí, sí lo veo! Estas letras son rojas,..., y crecen...: me parecen tan grandes como puños; qué ofuscación! A mí me vá á suceder algo...: esto no hay quien lo sufra .. Pero á mí qué me importa ni mi reputación, ni la moral, ni nada?—Ella y él, y la cara de él la voy á ver ahora mismo... rás! zás! Meter un dedo nervioso por donde el sobre parecia próximo á abrirse fué obra de un santiamen, así como la de encontrarse todo el sobre en el puño derecho de Pepe convertido en una dura pelota, y arrojado con rabia por el balcón á la calle.

Pero qué decepción para Filigrana! No sabía qué hacer, si indignarse, si reir, si burlarse de sí mismo, porque apenas descornado por completo el velo ó sea levantado el papel de seda que cubria aquella frase imaginaria en donde estaba el *mia*, y que podia ser, por ejemplo, «cuándo serás mía? Tu apasionado Perico», se encontró con esta otra y efectivamente en tinta de rabioso carmin: «Premiado en varias exposiciones. (Eran el domicilio y los méritos del fotógrafo).

V.

Tan estupefacto quedó Pepe Filigrana después de aquella tan rápida transición, que no se acordó de volver por el anverso la fotografía ó las fotografías, para enterarse de la cara del supuesto rival, ni se apercibió de que habían llamado á la puerta y hasta de que ha-

bían sido introducidas en su habitación tres personas desconocidas para él: eran un inspector de policía y dos funcionarios más. De la sorpresa pasó al terror nuestro cartero cuando se enteró de quienes eran: en un momento desfilaron por su imaginación mil fantasmas que implacables le acusaban; él, hasta entonces tan puro, tan limpio de semejantes fealdades..., y todo por qué? Por el amor, por el loco amor acibarado por los celos ... Pero qué celos tan estúpidos, cielo santo! Así es que incluso temblar, temblaba Pepe y se le hubieran caído de la mano las tarjetas consabidas si el de policía no las hubiera cojido, diciéndole: «pero, hombre, qué le pasa á Vd?» «Qué tiene Vd. en esa mano?»—Yo...? Nada..! El inspector volvió por el anverso una de las dos fotografías, pues al fin eran dos, y leyó al pié de la misma *Good night* (buenas noches), y la cual consistía ni más ni menos, que en un mosaico de cabecitas de niños lloriqueando y haciendo pucheros, como suelen al acostarse. Vuelta seguidamente la otra fotografía se leía asimismo esto en su pié: *Good morning* (buenos días); y que representaba otro mosaico de niños riendo, como si dijéramos, su despertar. Un pequeño volante decía: «Eso es de la feria de aquí; no es verdad que es graciosa la ocurrencia, y son bonitos los niños?—Tuya, María.»

Durante esta escena que hizo reír á todos, tuvo tiempo Filigrana de rehacerse y pensar en su situación y en lo difícil que sería echarle la ley encima cuando hasta el sobre había desaparecido como por inspiración providencial.

A continuación y con muchos modos registraron los de la Policía el cuarto de Pepe, cosa que nunca le había sucedido, y que ahora se debía al extravío de muchas letras y documentos, y por reclamación del comercio se había dispuesto un registro en casa de todos los carteros.

No hay que decir, porque lo afirmo yo, y porque es verdad, que á Pepe Filigrana no le sucedió nada: tenía muy buenos antecedentes y los consiguientes fueron casarse con Matilde Matacán, que lo que «esperaba» era tomar lenguas con exactitud de Pepe y comunicar las intenciones de este á un tío carnal, á quien respetaba mucho, y al que no le pareció mal la colocación de la chica. Es decir, toda una cartera!

VI.

En la provincia de Murcia hay varios renombrados balnearios: en uno de estos establecimientos, y á su entrada, hay un buzón para depositar la correspondencia; debajo existe un poyo ancho á lo largo de la pared que sostiene el buzón y sobre este mismo, con unos pucheretes y cazuelas de diminuto tamaño, y con un peso de cáscaras de naranja é hilos de media, jugaban y hacían comidicas unas cuantas inocentes niñas. Es claro! en aquellos juguetes no faltaba el agua, ni tampoco era caso de que dejara de verterse alguna que fuera á parar dentro del buzón. en donde sé positivamente que estuvo depositado el famoso pliego: no hay para qué decir que si el sobre no se hubiera mojado hasta es-

tar próximo á despegarse, y por el roce después con otros pliegos no solo en el buzón sino en la balija, no se le hubiese hecho el pequeño agujero que sabemos, Pepe Filigrana no habría entrado en tentación.

NO BEBAS AGUA QUE NO VEAS

Tengo un amigo muy raro, porque él lo dice así, no porque yo acabe de creerlo. Es un espíritu—según él también—ni recto, ni torcido, es... averiado; dice que es insociable y que tiene la desgracia de que no le guste una porción de cosas que á todo el mundo le gusta; error y nada mas que error, no solo por el hecho de asociarse conmigo, y al parecer gustosamente, sino con otros; y en cuanto á no dar preferencia ninguna á muchas cosas, que son del agrado de la generalidad, tampoco dice eso gran cosa en contra suya, porque á más de una docena no le gustan las perdices, y más de otra no prueba el pan, eso bajo el grosero punto de vista de la economía animal, que bajo otros puntos y comas, de vista y de oídas, se dá el caso de haber mujeres que no aman las flores, y mujeres y hombres que no experimentan sensación de ninguna clase oyendo un buen trozo de música.

Lo que sí es positivo que á medida que se vá cuesta abajo en la vida se vá también convenciendo cualquiera y anotando dentro de sí ciertas verdades que por ser de Perogrullo las hemos oído con indiferencia y sin percatarnos de ellas. Siempre que me pongo al habla

con mi amigo se me ocurre lo de que «cada hombre es un mundo». Pero vaya Vd. á brujulear por esos mundos!

A mi amigo, por ejemplo, no le preocupaban las cosas grandes, de bulto; y en cambio le solian hacer extraordinaria mella las pequeñas, porque de estas salen muchas veces las catástrofes, los disgustos gordos, las decepciones; por un ladrillo principia un campanario, por un copo de nieve la avalancha, y relacionaba estos argumentos con aquel de «por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo, etc.» enlazándolo todo esto, á mayor abundamiento, con un dato irrefutable, concluyente, en su género, que resultaba cómico, y era un lance á él mismo acaecido. La cosa en su origen no podía ser más nimia y baladí.

Este mi aludido amigo tenia un vecino que era otro mundo, como desde luego se comprenderá; pero más *mundo* que otros como se verá en el decurso de esta verídica narración. Y haciendo comentarios sobre la *vera efigies*, por dentro, de este su vecino, habíamos convenido en que tampoco se pueden sentar en estos tiempos absolutas como las de que tales ó cuales naturales de este país ó de la otra región sean de este modo ó del otro, porque así la tradición, la historia les atribuye caracter y condiciones determinadas, que confirma siempre la anécdota, el cuento, la frase, el algo que de generación en generación vá pasando como artículo de fé. Tozudos vemos todos los dias que han nacido en todas partes y el tipo ha de ser indispensablemente de Aragón, sin embargo de que hay muchos

aragoneses transigentes hasta lo inverosímil. Y es que no nos hacemos cargo de que los tiempos modifican costumbres y caracteres de hombres y por consiguiente, de pueblos, al contacto de gentes y costumbres de otros pueblos. Todavía pasa como verdad incontable que los catalanes son despegados y adustos como ellos solos; tardan por eso en llamar amigo á cualquiera, á diferencia de los comunicativos andaluces; pero sépase que, si algun catalán llama á alguno «su amigo» cuente que él lo es á marcha martillo.

Pues el vecino de mi amigo era catalán, ó decía que lo era: él trataba de comprobarlo hablando á cada ocasión que se presentaba de que á *Barselona* sucedía esto, de que á *Barselona* como en ninguna parte, que allí todo era *verdat* y de que había mucha *forma'idat*, *home!* De que Cataluña se parece mucho á Francia, y aun más á Inglaterra, su bello ideal, en donde todo se utiliza, aprovecha y tamiza en obsequio y honor del negocio y del sábiamente entendido tanto por ciento, en donde todo perjuicio se indemniza y toda avería se asegura y compensa. El *home* aquel, por una componenda del destino, había compaginado con el raro de mi amigo—que era la verdadera rareza siendo tan diferentes en carácter—pero nada, que llegó el caso de decirle la frase consagrada, así como la de «ábrete, sésamo», es decir, le llamó *su amigo*. *Dimoni de Catalá*, ó de *cataláunico*, como le llamábamos luego que se dió á conocer, que con ser tan gaznápiro, le dió una especie de timo á mi amigo y un mentís al dicho consabido.

Vamos al caso de que mi amigo vivía en

un piso muy inmediato á la calle; podía casi ser tocado el suelo de los balcones con las puntas de los dedos con solo estirar el brazo el que pasara por debajo de aquellos.

Una noche, al oscurecer, entró mi amigo en su habitación, y luego de desnudarse y quedar en mangas de camisa, queriendo apagar la sed que sentía, fuese derecho á uno de los balcones mencionados en donde, segun costumbre de este país, había dos hermosas jarras de blanco barro, llenas de agua. Pero aun no había aplicado al borde de una de ellas sus labios, cuando sintió en el superior un pinchazo, una rápida impresión como de algo que le quemara; y es natural, instintivamente arrojó la jarra que se rompió en el suelo del balcón, vertiéndose el agua á la calle, con acompañamiento de la mayor parte de los tiestos, viniendo á bautizar ¿saben ustedes á quien? — á la señora del catalán, que pasaba con este por debajo del balcón á punto de romperse la *alcadaza*, como hubiera dicho Madodito Gazquez

Y no fué lo peor que la señora del catalán se asustara, sino que encontrándose en estado interesante, se sobresaltó por modo más extraordinario y tuvo que regresar á su casa, de donde le, acababa de salir, mientras que mi amigo además de experimentar la sensación referida, se le atravesó á continuación en el galillo algo que se le ingeria con el primer trago de agua y que le produjo náuseas hasta arrojarlo fuera de la boca. Luz! Luz! — Acudieron en su auxilio; trajeron un quinqué, una bugía, él encendió tambien un fósforo; y cuando creia encontrarse con una víbora,

con un alacrán...—quién sabé?—Si á juzgar se fuera por el *tamaño* de la impresión, con un cocodrilo..., vió entre los restos de la vasija rota, nada menos que un... rey; pero no de la baraja, un rey de... avispas. Y si no fuese porque la picadura del lábio que le producía el consiguiente escozor no le permitía tomar la cosa á broma, se hubiera echado á reir—salvo la mojadura de los vecinos—y como medio tambien de comprobar el miedo que hubo de salirle del cuerpo cuando vió que no se trataba de ningun bicho venenoso. Nada, era cuestión de un poco de barro: cómo barro? Quiá! Allí estaban las mujeres de la casa con la greda y el agua, y engredado, como quien dice, el pequeño saetazo del rey, pronto se bajaría la corta inflamación y cesaría el escozor.

Pero después de los indicados detalles, más pronto ocurridos que contados, ¿qué había sido del catalán y señora, ó, mejor dicho, de ésta? Pues ya se ha dicho: que se volvieron ambos á su domicilio, no teniendo otra cosa que añadir sino que hasta á mi amigo, es decir, á sus oídos, llegó parte de un taco soltado por el *cataláunico* en el calor de la improvisación, ó, mejor dicho, en el pasmo producido por el agua, de la que le alcanzó alguna, bien que la señora se quedara con la mayor parte; tambien oyó no sé qué mi amigo de *informalidat*, y nada más, y aun cuando este se asomó al balcón y balbució un «ustedes perdonen», y aunque sentía mucho lo sucedido, tranquilizábale, en parte, el hecho de tratarse de la señora de un amigo, el cual matrimonio se haría cargo de un suceso que tanto tenía de

cómico y sabrían dispensarlo de buen grado.

Error, otro error de mi amigo, pero en el que le hubieran acompañado muchos, pues nadie hubiese podido imaginar en el catalán un terco, desconsiderado como él; porque mi amigo volvió á vestirse y se trasladó á la casa de su vecino, hallándole hosco y mal encarado, con cierta razón, es cierto y salva sea la urbanidad, pues la vecina que se encontraba en meses avanzados, se sintió molestada y hubieron de llamar al médico, que esperaban. El visitante se deshizo en excusas, en explicaciones; contó el suceso con los pocos pormenores que había tenido, y cuando pensaba que aquello acabaría por donde parecía natural que acabase, es decir, por reirse ambos, excepto el caso de la señora, del que no resultaba hasta entonces todavía ningun motivo de alarma. continuó serio. sin darse, al parecer, por satisfecho, y á vuelta con la *formalitat* de los catalanes... Pero *home, qu' tem qu' veure!* digo yo que diría cualquier catalá, la *formalitat* con el suceso de autos? En quién había estado la *informalitat*? En los tiestos? En el agua? En mi amigo que al sentirse con la picadura tiró instintivamente la jarra? O sería con el rey de avispas, causante inconsciente é irresponsable de aquella catástrofe, y que pagó, después de todo, con la asfixia, su aguijonazo?

En fin, que el raro de mi amigo, un si no es corrido, dejó á su vecino, reiterando sus excusas, su verdadero sentimiento por la indisposición de su esposa, sus deseos de que «aquello no fuese nada» y sus ofrecimientos, tanto más sinceros y vehementes, cuanto él se con-

fesaba autor involuntario de aquella malhadada situación.

Pero es lo que sucede: que donde menos se piensa salta un catalán, ó uno de cualquier parte; así es que al mandar al día siguiente temprano á informarse de la salud de la vecina, supo con pena, que estaba mal; y aunque esto no hace relación, al parecer, con lo afirmado al principio de este párrafo, no dejará de verse luego á luego la estrecha concomitancia que existe entre ambas cosas.

Porque han de saber mis lectores—é iré yo abreviando—que de mal en peor, al cabo de dos ó tres días terminó la indisposición de la esposa del vengador, digo, del catalán, por alumbrar en persona un niño relativamente robusto, y expreso que relativamente, por la sencilla razón y la complicada desgracia de haber venido á aumentar el contingente, la falange de esos niños, que aunque desmedrados y todo, forman de algunos años á esta parte, núcleo muy interesante de nuestra sociedad, esto es, de los sietemesinos: aquel vástago en el sentido recto y propio, no en el figurado que los otros, era sietemesino, toda vez que nació á los siete meses.

No hay para qué decir que de aquel parto prematuro echó la culpa el catalán á la impresión producida por el agua y por concatenación *ascendente*, es natural! á quién habia de culpar sino á mi amigo? En tal situación las cosas, éste no sabia qué hacer: valióse de otro amigo que visitara á su vecino y se enterara del estado en que se encontraba y aun de ofrecérsele en cierto modo, pues parecíale ofensivo hasta cierto punto extremar los ofre-

cimientos, lo que podría interpretarse además como sumiso reconocimiento de que cualquiera penitencia vendría bien, siendo así que él había sido la causa de aquel desgraciado accidente, era verdad, pero causa inocente, sin que su voluntad hubiese tomado la menor parte. De la entrevista sacó en claro el emisario que el endurecido catalán tenía ciertos misteriosos proyectos, que no explicó, como es consiguiente, y que mi amigo no los vió en práctica hasta no encontrarse citado ante el Juzgado á los cuantos días. Esto era el colmo: el picado por el rey, pacífico de suyo y razonable, no pensó en otra cosa más que en ir en derechura á su vecino y decirle lo que era del caso; más para evitarse alguna escena prefirió llamar de nuevo al que antes había servido de embajador y darle la misión concluyente de zanjar en definitiva el asunto. Causóle á aquel la consiguiente sorpresa aquella salida tan inesperada y cuando se disponía á desempeñar su cometido detúvole mi amigo diciéndole: «no, he pensado que lo mejor es acudir al Juzgado; allá iremos Vd. y yo, si Vd no tiene inconveniente en venir conmigo.»

—Inconveniente? Ninguno.

Al llegar al siguiente día los dos al Juzgado, se encontraron en él ya al catalán, y á otro sujeto.

Para abreviar diré que hechos cargo los presentes de los antecedentes y detalles del asunto no tardó aquello en tomar el aspecto que le correspondía; puede decirse que ni siquiera llegó á intentarse el acto: inmediata-

mente y con perdón de ustedes enseñó el vecino de mi amigo la oreja de su modo de ser; á vueltas de la *formalidat*, y de las costumbres inglesas y de las de Cataluña, en donde no se dá propina á nadie, en donde cada cual paga su escote y los vidrios cuando los rompe, porque esa es la *justisia*, se sacó en claro que lo que buenamente pretendía el catalán era una especie de *indemnización*, apartando ó dejando á un lado, decía, los gastos del bautizo del sietemesino, que esos los satisfacía él.

Y mientras el Juez decía con sorna, aquello de «no bebas agua que no veas», mi amigo exclamaba:—«y eso es todo? Pues ustedes lo pasen bien, que mi hombre bueno se queda aquí para satisfacer al ofendido lo que él quiera.» Y mi amigo salió.

Veán ustedes—decía el catalán después de saldar... el disgusto—por qué se ha de incomodar mi vecino? Qué tiene que ver la *amistat* con la *formalidat*, los daños y perjuicios que á una familia se le siguen... como á mí me ha sucedido?—Mi vecino es muy apreciable, simpático, serio; y aun á pesar suyo, me ha proporcionado un gasto intempestivo... que yo no debía satisfacer; él no tendrá la culpa; pero yo tampoco la tengo...; vean ustsdes lo que pasa en Inglaterra en casos semejantes: *indemnización* y tan amigos: así que fuera de esto... bien me podía decir mi vecino lo que quisiera, aunque fuese un insulto se lo toleraba, hasta lo firmaba.

—Sin *indemnización*? dijo el hombre bueno.

—Ya lo creo!

—Firmaría Vd. lo que yo escribiera en su representación?

—Vaya! Sí señor!

Y mientras el socarrón del Juez completaba el refran que antes dejó á medio decir, añadiendo ahora... «ni firmes papel que no leas», el bueno del hombre bueno escribió estos breves renglones: «declaro que soy un egoista, excepción de catalanes y de españoles y que estoy fuera del concierto europeo.»

Y tendiendo tan lacónica declaración al catalán sonrióse éste y firmó diciendo «*aixó mateixa*».

AHORQUÉMONOS

Descartado el libre albedrío como pasado en cuenta y juzgando de las cosas por sus efectos, hay que convenir en que el suicida es un ser particular al que algo irremisible le empuja y le precipita: sus actos son determinación de algo como á él extraño, y quiera que no quiera obra como sugestionado por agena voluntad.

Claro que esta es una teoría insostenible en buena filosofía, en sana moral y en doctrina cristiana; pero á bien que yo no he de ser su sostenedor y solo queda apuntada como antecedente del motivo de estas líneas.

A Celso Pópulo le sucedía eso: tenía esa desgracia, la manía del suicidio. Desconozco si el lóbulo cerebral correspondiente acusaría esa predisposición material del organismo, y á la que necesariamente el frenópata habria de acudir ó el antropólogo si fuese caso de obsesión mórbida para pregonar la irresponsabilidad: manía persecutoria, manía de las grandezas, manía afrodisiaca... pues eche Vd! Y la del suicidio, pues otra manía.

Pero ahora vamos á enterarnos, aunque á la ligera, de algunos antecedentes de aquel maniático, que curó, á lo que parece, ahorcándose: así como suena.

Era Celso desgraciado en el sentido que se emplea esta palabra para denotar que le persigue á uno la mala suerte? Sí y nó: sí, porque no era muy afortunado, tal y como la fortuna, la suerte ó lo que sea, se entiende; es decir, tenía mala sombra, que esto es más inteligible en la jerga corriente; y no, no, señor, ni por pienso, en el verdadero sentido; esto es, era uno de tantos mortales que, como todos, andan cayendo y levantando en este camino, que solo por figuración, en tanto se le dice áspero como sembrado de rosas é flores, segun la resistencia: y como la de nuestro hombre no era mucha, como era débil, de ánimo flaco! Que luchar es para muchos vigorizar el espíritu; tropezar con un obstáculo por de poca monta que fuese, era para Pópulo como presentársele en su camino los Alpes ó los Apeninos.

De donde resulta lo más cierto y seguro que la felicidad ó la desgracia, relativas siempre, las lleva uno almacenadas dentro de sí. El humor es el botón de muestra, aunque con frecuencia engañe. Hay quien, efecto de su humor pésimo, dice que todos los golpes son contra él, á la manera que con falta de reflexión se lamenta el que tiene un dedo malo de que todo en él le tropieza.

Hay que desengañarse: si á los contratiempos, desventuras, inconvenientes y reveses que la vida tiene para todos, se encarga cada uno de repetir á cada paso que es desgraciado, es empezar á morirse moralmente.

Celso no habia llegado á conocer á su madre, lo que era una positiva desgracia y lo que quizás más que nada habia influido en for-

mar su caracter no poco sombrío y taciturno: las esquinas de su modo de ser, esas con que todos, por regla general, nacemos, no habían podido ser gastadas por la invisible y suave mano de una madre; su padre, que le vivió á Celso hasta los quince años de edad, no podia suplir facilmente la ternura propia y exclusiva de la mujer; si es que caía en la cuenta de de aquellas esquinas procuraría romperlas ó doblarlas, no gastarlas, y así poco más ó menos sucedia con la educación mercenaria que además recibiera, que es lo mismo que acontece con todas las criaturas si su natural no es masa blanda y susceptible de que la trabajen con éxito.

En manos de parientes emprendió dos ó tres carreras de esas especiales, que no se sabe á quienes seducen ó deslumbran más, si á los que las costean ó proporcionan que dicen frotándose las manos de gusto: «nada, eso es cuestión de un par de años», ó á los que han de estudiarlas, que, por regla general, á la edad en que las emprenden no tienen conciencia de ese lado conveniente de las mismas que tanto enamora y encanta á muchos padres, tíos, padrinos y demás del caso. Porque en estos casos lo chocante es como estas gentes echan cuentas galanas para el porvenir, importándoles poco que en lo que estudien aprovechen, que obtengan buenas notas y resulten bien conceptuados, lo que hace al caso es salir adelante, obtener plaza y luego vienen las subvenciones, emolumentos y gajes que son propios de tal ó cual carrerita; esto es lo que se procura inculcar en el muchacho, robustecido siempre el consejo con algun

ejemplo vivo, que no falta á la mano: total que si luego en la pendiente le toca al así aconsejado, andando el tiempo, ir, por rara casualidad, á presidio, aquellos que le aconsejaban no se darán por aludidos como cómplices de su desgracia, puede que le compadezcan por torpe. Y luego dígase que el mal procede de acá ó de allá; de todas partes, señor; nos abrumba por arriba, nos empuja por debajo y nos estrecha por delante y por detrás.

El caso es que durante ese tiempo perdido y que bien aprovechado podría haber proporcionado á cualquiera una plaza casi de Archipámpano, Celso resultó aprendiz de varias cosas; pero maestro de ninguna, toda vez que no acabó ninguna de aquellas carreras emprendidas: aprendió música, algo de matemáticas, la partida doble; traducía el francés, escribía la letra inglesa, representaba y hacia tambien sus versos: el tránsito de unos estudios á otros que para lo práctico de la vida no le daba resultado, le traía siempre á su cerebro la idea del suicidio. «Pero hombre—se decía Pópulo—qué falta hago yo en el mundo? No sería mejor que me llevaran los mengues?»—Los mengues...! Quiénes serán los mengues?

Dando tumbos llegó á ser hombre Celso, de cuerpo entero, esto es, lo digo al tanto de tener necesidad de vivir de su cuenta y riesgo: obtuvo una colocación en una línea del ferrocarril; factor ó revisor ó cosa por el estilo, hasta que al cabo de algun tiempo de cola de más ó menos león, ascendió á cabeza de más ó menos ratón; es decir, por ejemplo, de factor de una estación de relativa importan-

cia se convirtió en *factotum* de otra de ínfima clase: era, por consiguiente jefe, factor, telegrafista, el del pito, el de la campana, el del farol y no se sabe qué más en una estación en donde había á más de él un mozo, un perro, una cabra, cuatro gallinas, un reloj con dos muestras en la puerta central del edificio y algo más por el estilo, sin contar con un guarda-barrera de un pasc á nivel próximo: en suma, una estación á la salida de un túnel, ó á su entrada, segun y por donde se la mirase, con un semiprecipicio entre la boca del túnel y la estación, y cuyo precipicio bordeaba la línea férrea.

No era justo, pero sí natural que Celso se doliera de su suerte por encontrarse en aquella especie de destierro.—Válgame Dios! Cuántas estaciones de esas hay en todas las estaciones ferro carrileras! Y buscando facilidades para embarque de ganado, de minerales, de maderas, la población importa poco. Y en verdad que hay motivos para aburrirse y renegar de los hombres, que, egoistas, así anulan la personalidad humana en tales sitios. ¡Qué contraste con esas otras estaciones situadas á las puertas de pueblecillos encantadores, risueñas, rodeadas de frondosos árboles, que parecen ocultas entre el follaje, pues de ellas solo se apercibe el viajero cuando el tren se detiene delante de las mismas; y cuando alegres muchachas vociferan frutas, flores, rollos, mantecados y agua fresca y leche! Qué diferencia antes sentida que pensada por el viajero más despreocupado, el que, á veces, en un mismo trayecto puede hacer la comparación! ¡Qué tristeza de estaciones las otras!

No solo separan al empleado del continuo contacto y comunicación con los demás hombres, negándole la primera de sus necesidades como ser racional, esto es, la sociabilidad, convirtiéndole en algo como émbolo, como manipulador, como una parte de la unidad línea férrea, sino que hasta parece que hay quien se complace en burlarse de él de un modo sangriento, buscando la complicidad de la naturaleza. Para darle visos de irrisión no faltaba más que no teniendo en qué gastar directamente estos empleados el dinero, le diera á las empresas por remunerarlos dándoles tantos sueldos como empleos diferentes desempeñan. Pero esto que es bueno — dirán ellos, los á quienes interesa — no es fácil que suceda, porque además de que mermaría en algo los dividendos con que se absuelven los accionistas nos obligaría á nosotros á un ahorro que privaría de probados servidores á las compañías.

Mas decía antes que el egoismo frio, la conveniencia calculadora aislaba á esos hombres, separándolos de la sociedad y hasta la naturaleza parecía complacerse en burlarse de ellos: en un sitio de esos una tempestad que en otras partes es una sola, allí resultan tres ó cuatro, porque el trueno, repercutiendo en aquella semimontaña sesgada, horadada por aquei embudo, que tal parece el túnel visto por cualquiera de sus extremos, puesto que empieza por una boca oscura y acaba por un punto de luz, hace el mismo efecto que si fueran muchos los truenos, el granizo resulta con ruido espantoso; la lluvia torrencial, y mientras que el hombre máquina, el detalle

viviente del todo ferrocarril, el facsímile del ser racional, el *factotum*, en una palabra, de una estación situada en un paraje así, por inexplicable paradoja está al minuto del paso de los correos y mixtos ascendentes y descendentes, del expreso y las mercancías, é ignora cuando duerme y cuando come. Y me pareció que yo decía, y si no, lo digo ahora, que entretanto la sociedad se burla de él: cómo? —Pasando por sus narices varias veces de día y de noche, dejándose ver un minuto y desapareciendo echando chispas; viene á ser una especie de muestrario humano, y hace como el eterno máscara del rollico, como nosotros decimos, ó como el dueño de magno *restaurant* que exhibe en el escaparate succulentos manjares para envidia y desesperación de los famélicos que los contemplan.

De aquel modo estuvo viviendo Celso—si aquello era vivir—un año poco más ó menos; y en ese período no le faltaron los malos pensamientos de siempre. Más de una vez estuvo á punto de atravesarse en la vía para que el tren lo hiciera pedazos; pero en esta manía hubo de experimentar una reacción saludable por consecuencia de un accidente ocurrido en sus mismas barbas; y fué que un día, al salir un tren del túnel, atravesaba por el paso á nivel un carro de labranza: silbó la máquina, la mula que tiraba de aquel se espantó, torció hácia la misma vía, llegó el tren y alcanzó á el carro, matando á una mujer y á un niño que iban dentro.

Tal impresión produjo en Pópulo semejante accidente que solicitó que lo trasladaran,

pero no habiendo podido conseguirlo, concluyó por abandonar el destino.

Y como no hay mal que por bien no venga, aquella observación antes hecha sobre no tener en qué invertir el dinero, explicará cómo siendo un mal no poder satisfacer lo que dá en llamar necesidades el hombre civilizado, vino á ser un bien, puesto que proporcionó algun ahorrito y la costumbre de la economía. Afortunadamente tambien era nuestro hombre poco gastador, y todas estas circunstancias sirviéronle para ir tirando ínterin no encontró colocación: lograda esta, que fué de tenedor de libros en un almacén, permaneció en ella algun tiempo. Con el transcurso de este fuésele gastando el recuerdo de la catástrofe que le había hecho abandonar el ferrocarril, volviéndole, por consiguiente, aquellos chispazos morbosos, que le hacian desear el suicidio. Al cabo asímismo de sus veinticinco ó veintiseis años, pensó tambien en mujer, él, que había sido siempre tan refractario al matrimonio! Pero no hay que extrañarlo porque le acometió grave enfermedad, y no teniendo parientes próximos, se vió asistido por gente mercenaria, cayendo en la cuenta de que los mejores cuidados con él tenidos debía agradecerlos á una su vecina; viuda joven, y no podia satisfacerlos con dinero ni cosa por el estilo. Del agradecimiento nació el otro sentimiento, el impulso del querer, que diría el otro, y catémonos á Pópulo en escarceos amorosos; pero en qué tiempos tan desgraciados! Tan larga fué su enfermedad que hubieron de sustituirle con otro tenedor; y cuando él estuvo en disposición de ir al es-

critorio, ya el almacén se había transformado por muerte del principal; en fin, que tuvo que buscársela á diario, sin poder lograr un acomodo seguro y firme con que atreverse al matrimonio con la viuda.

Qué alternativas, señor! Qué malaventura! No había el hombre de querer quitarse ahora de enmedio que su situación iba siendo difícil, cuando antes que no estaba así de agobiado, por cualquier contrariedad se le ocurrían los siniestros pensamientos que sabemos? Llegó el caso de no tener otra ocupación que la de músico suplente en un teatro por horas, estando sometido á las vicisitudes de una empresa teatral de pocos alientos. A Celso ya le iban faltando los suyos y pensó seriamente en matarse: cómo?—Pues *el sino* que hace sus asomadas para dar cuenta á los supersticiosos de su existencia, había puesto delante de los ojos del futuro suicida un madero que sobresalía buen espacio en la pared de la boardilla en que vivía. Estaba escrito; aquel palo tenía que ser irremisiblemente el punto de resistencia de la cuerda de donde había de pender...

Hasta entonces todo había sido, como quien dice, ráfagas suicidas, tentativas imaginadas: llevaría ahora á la práctica su criminal pensamiento? Y en este caso, aunque su voluntad ú otro impulso irresistible le empujara á realizarlo no podría otra fuerza superior contrarrestar todo eso? Por qué no, si nadie se muere hasta que Dios quiere! En medio de la tenacidad con que se le imponía el pensamiento suicida no se explicaba el por qué de un vago y dulce presentimiento que le solía embargar:

se acordaba, aunque tratara de desecharlo, de un caso sumamente raro que poco tiempo hacia habia leído en los periódicos, y es el siguiente:

Actor; otro monómano del suicidio: uno que infructuosamente habia intentado matarse por los medios de ordinario empleados. Visto lo cual pensó juntarlos todos y aprovecharlos en rápida sucesión, pues malo habia de ser que alguno no pegara, y con eso bastaba: al afecto, se trasladó á la orilla del mar, en sitio de antemano elegido, en donde tomaria una disolución de fósforo, se colgaria de un árbol, se dispararía una pistola al tiempo de lanzarse en el espacio pendiente de la cuerda, bastante larga para zambullirse en el mar y se ahogaría, si aun no estaba rematado. No es verdad que no está mal el programa? Pues bien, así lo hizo: tomó la disolución con la cuerda por corbata, se lanzó, disparó y... el proyectil rompió la cuerda, dió con su cuerpo en el mar, efectivamente; pero el agua que tragó le sirvió de vomitivo para el fósforo, los mismos esfuerzos que en sus ansias hacia fueron causa de que se sostuviese á flote, hasta que sin saber cómo las olas, que sin duda no querían tampoco cargar con él, le escupieron á la orilla. Oh, decepción! A la media hora estaba en su cama, arropándose, y reaccionándose de aquel baño que habia tomado; pero de suicidio, ni esto.

Más volviendo al desgraciado á su manera Celso Pópulo: este se resolvió y precindiendo de la carta al juez, de esa carta á carta-bon de todos los suicidas, se ahorcó, es decir echó la cuerda por encima de aquel provoca-

dor madero, metió la cabeza por el lazo que hizo, cerró los ojos, dióle un puntapié á la silla en donde se habia subido y... no la cuerda, el madero se rompió cayendo sobre Celso emocionado y contuso de la caída, pero no asfixiado, una lluvia de oro y plata escondida en las huecas entrañas de aquella viga que no pudo resistir el peso del que iba á ser el rico Pópulo.

AL TOQUE DE ORACIONES

Diablo de servicio militar! Cuidado que es cargante eso! A los diez y ocho años, en la primavera de la vida, cuando un muchacho tiene un oficio casi aprendido, una carrera á medio hacer ó empieza á servir para algo en el comercio ó en cualquier parte, tiene que pensar en que al año siguiente dispone de él la Pátria, que dicen, y debe ir á servirla si no tiene dinero ó alguna razón legal para eximirse.

Porque es lo que dice Marianillo con otras palabras: «qué es eso de servicio obligatorio?, ni qué pamplinas son esas con la apariencia de una estricta justicia? Si de los privilegios no nos hemos de librar; si al cabo, y para lo que gusten Vdes. mandar, habrá su subterfugio, escapatoria y excepción irritante para el que tenga dinero y no le dé la real gana de ir al ejército. Que hoy las naciones están montadas en pié de guerra, que Alemania y que Rusia..., hombre, quiere Vd. callar? Qué tenemos nosotros que ver con pueblos que vienen así casi lo que vá de siglo, convertidos sus territorios en campamentos? Ni nosotros, qué pintamos en el mundo como *potencia* para hacerle aire á nadie! Y luego, de qué servi-

rían todas esas primeras y segundas reservas, esos campos de instrucción etc., si se tratara de una invasión? De nada; si aquí cuando se ha hecho lo digno de la epopeya y de la admiración del mundo, se ha debido á lo irregular é improvisado; entonces fué cuando surgieron ó se hicieron los héroes y los generales al calor de los más sagrados sentimientos: la familia y el suelo en que uno nace y en donde quiere que sus huesos reposen junto á los de los suyos; y ahora... y ahora y siempre sería lo mismo, sin aparatos de grandes ejércitos ni sábias instrucciones, ni prácticas *sublimes*. Si yo no sirvo para semejante cosa, ni mi inclinación es esa; hagan ustedes un ejército reducido en relación con nuestras necesidades en tiempo de paz; y no en la previsión de una guerra—en buen hora se diga—imaginaria por ahora; no preparen esas enseñanzas teatrales, ocupando á toda la juventud de una nación que pase los mejores años de su existencia jugando á los soldados en vez de procurarse el que no sienta esa inclinación, un porvenir, para ser útil á su pueblo y á sí mismo en otra cualquier cosa. Que sería un ejército de mercenarios! bueno y qué? Pero és que ese otro ejército sábio, principio y fin de las teorías de generales de colegio, mantendría mejor el órden social en tiempos de paz? Cá! hombre, riase V. de eso; y en tiempo de guerra? Pues figúrese Vd., un puñado de moscas. Harto haríamos todos y cada uno defendiendo nuestro hogar y todos juntos la pátria, la adorada pátria, si llegara ese triste caso. Conque hay que desengañarse: esas corrientes acentuadas de algunos años á esta parte, na-

cen solamente de paisanos visionarios que ya no están en peligro de manejar las armas ó de generales que les parece poco tres y quisieran que se inventara un cuarto entorchado.

En fin, que no hay cosa que aguce más el ingenio que las pasiones, y más si alguna se convierte ó la convertimos en necesidad de nuestro corazón, como sucede con el amor, madre, abuela y tatarabuela de todas las pasiones.

Y es que Marianillo, así llamado por su familia, amigos y conocidos, de puro simpático que era, estaba enamorado de una muchacha que á su vez era una bendición de Dios. Lo menos se figurará cualquiera que voy á decir ahora que tenía esto de marfil y lo otro de nácar y lo de más allá de nieve, y que sus ojos eran como la noche de oscuros; cá! no señor! Quince años bien puestos y gallardamente llevados por un cuerpo graciosísimo... eh!—Quién pide otro?

Luego dicen: «ese ó esa ni habla ni *paula*, pero la chiquilla, sí hablaba y no sé si *paulaba*: más Paula sí era. ¡Válgame Dios y qué pico tenía la graciosa de Paula y como embelesaba á Marianillo con su labia! claro! si es que la pícara subrayaba la conversación con unas sonrisas tan hechiceras también!

La muchacha que era buena á carta cabal, no tenía más que con la coquetería propia de sus años, y que tan bien le caía, sacaba de quicio al también bueno de Marianillo, porque á este le nacía el serlo, ¡vaya si lo era! Sus padres lo eran por cristianos y por honrados, y de no salir él lo mismo, hubiera resultado una lamentable excepción.

Un detalle de las buenas costumbres de los padres de Mariano, y en las que habían criado á éste, era el relativo á rezar en familia la que simplemente llamamos *oración*, esto es, el *Angelus*, á la caída de la tarde. Apenas oía las campanadas precursoras de la oración se dejaba Marianillo á sus pequeños amigos, si estaba jugando con ellos á la puerta de su casa, y allá iba él con su media lengua, y á veces con entrecortado aliento entraba en la habitación diciendo. «el Angel del Señor anunció á Maria...» Luego que creció comenzaba otro más pequeño la oración y así, después cuando por necesidad del oficio el toque de oraciones lo oía en el taller, siempre le sonaba en el alma y las rezaba, aunque fuera entre dientes y para él solo, si como sucedía á veces, había otros compañeros que no tenían esta costumbre.

Porque Marianillo era un trabajador inteligente y de una más que mediana instrucción; la muchacha también tenía su honrado oficio; eran en todo y por todo tal para cual; el primer novio él y la primera novia ella, de donde resultaba que ambos se debían querer, como efectivamente se querían, de veras, con vehemencia y con entusiasmo. A mayor abundamiento las familias de ambos veían con gusto aquellos amores; qué les faltaba para realizar la ventura que soñaban? A cualquiera se le ocurre: matrimoniarse. Pero Marianillo iba á cumplir los diez y nueve años: sin dinero para redimirse, sin defectos físicos para eximirse, ni excepción legal para librarse del servicio de las armas, por bien que saliera del sorteo, le quedaba eso de «recluta disponible»

y esas monsergas que no entendía y en lo que no veía claro más que la implícita privación, el impedimento de soslayo dejado caer por los gobiernos, de casarse, como y cuando quisiera, y como él cualquiera que se encontrara en su caso.

Cuidado que la injusticia y la iniquidad no podían ser mayores! Sobre todo en boca de Paula y Mariano. Qué comentarios y qué cosas más chuscas se les ocurrían á los dos lamentándose de su suerte. Pero, señor, es lo que decían ellos, qué pasa por el mundo, ni qué razón hay para que nadie se amaestre en el manejo de las armas cuando no se piensa, ni por soñación en matar al prójimo! Pues, si á mí, decía Marianillo, no me gusta tirar tiros, ni en mi vida he llevado en el bolsillo arma ninguna, ni me llama la atención el uniforme que á otros encanta, en donde está escrito que á la fuerza sienta yo esa vocación? Si soy ebanista y voluntariamente escoji este oficio, quién sería tan tonto que me obligase á ponerme delante de una frágua á trabajar de herrero, por ejemplo?—Que hay que defender la pátria; si eso ya lo sé: cuando esa necesidad se sienta, ah! entonces ya aprenderé á quitar gente de enmedio.

Así, en parecidos términos, se explicaba Marianillo; y por Dios que Paula encontraba muy en su lugar tal modo de discurrir; pero siempre el resultado era que se estrechaban las distancias, es decir, que los diecinueve años los iba á cumplir aquel y con ellos el riesgo de irse, ó de quedarse, cuando menos, sujeto á esa malhadada disponibilidad. Por eso, y como los enamorados se ciegan, y como no hay

quien ponga puertas al campo, y las pasiones ofuscan y el amor es tan mal intencionado con los mejores propósitos, de proyecto en proyecto, y de cuentas y de planes, vinieron á dar en el peor de los expedientes, en el de irse juntos, como quien huye de tan absurda tiranía como es la de la quinta. Y como quien ha dado con la piedra filosofal se encontraron en un momento satisfechos y dispuestos á todo. El plan era, al oscurecer de una noche de domingo, en ocasión en que ella procuraría quedarse sola en su casa, que era de vecinos, lo esperaría en la puerta á él, y ambos, como si fueran de paseo, se alejarían, y se irían Dios sabe á donde.

Llegó, efectivamente, el domingo designado; nerviosa y preocupada esperaba Paula que empezara á oscurecer, mientras que Marianillo, en contra de su costumbre había ido al café y tomándose un vaso del que lo mismo podía ser moka que otra cosa, con una copa de rom, esperando la hora de la cita; próxima ésta, fuese á la casa de su novia; era el oscurecer, no estaba ella á la puerta y se decidió á entrar á buscarla, cuando á tiempo de pasar por la puerta del cuarto vecino al de Paula sonó en la Catedral la magestuosa campana de la oración, contestada por las demás iglesias, y de el lado opuesto de aquella puerta cerrada oyó clara y distintamente el resuelto Marianillo la fresca voz de un muchacho que rezaba: «el Angel del Señor anunció á Maria.... Quedóse como clavado y maquinalmente se quitó el sombrero, y en voz baja contestó al «Dios te salve», con un fervoroso «Santa María»: mientras rezaban la segunda avema-

ria quiso escuchar por el ojo de la llave, á la tercera había dado una vuelta y miraba hacia la calle, el *sicut erat* lo terminó en el umbral de la puerta. Entonces, requiriendo el embozo, pues esto sucedía en Diciembre, y sin que se advirtiese en su semblante contrariedad, cualquiera hubiera podido oír, al pasar por su lado, que decía para su capa: «me la llevaré, vaya si me la llevaré! Pero como Dios manda.»

